

---

## *EN EL FINAL DEL VIAJE*

---

Escribía el novelista Hermann Broch en uno de sus ensayos:

El hombre en cuanto tal es el problema de nuestro tiempo. Los problemas de los hombres son silenciados e incluso olvidados, moralmente olvidados. El problema personal del individuo se ha convertido en motivo de mofa para los dioses, y éstos tienen toda la razón en su falta de compasión. Lo individual es reducido a la nada, pero la humanidad puede enfrentarse a los dioses e incluso al destino.

Surgida en un espacio geográfico específico —Centroeuropa— y en un momento trascendental —el periodo de entreguerras— esta reflexión de Broch presentía y anticipaba uno de los grandes dramas de nuestro fin de siglo: el eclipse y el olvido del hombre, ese gran protagonista de la historia moderna. Este eclipse coincide, o más bien se inserta, en la agonía de toda una concepción antropológico-filosófica, que configuró la historia occidental durante los tres últimos siglos.

Ubicado en los albores de una nueva centuria, el hombre contemporáneo sólo tiene frente a sí la incertidumbre del porvenir, lo cual no aplaca la conciencia de su desdicha. Una cosa es cierta: su presente es una profunda e intensa ruptura. El hombre de fin de siglo deja atrás el horizonte cultural y espiritual en el cual se formó su propia autocomprensión como hombre de la modernidad. Atrás queda el apogeo del sueño faustiano que culminó con la planificación científica de la muerte. Atrás quedan las profecías de la razón y la ciencia como vías de liberación, que no han podido evitar el agotamiento de los recursos naturales: la contaminación del globo terrestre y la amenaza de destrucción del planeta. Atrás quedan las quimeras humanistas y universales sustentadas en las nociones de individuo, libertad, tolerancia y pluralidad. Atrás quedan paradigmas explicativos de la sociedad, visiones de mundo científicas y teóricas, ideologías políticas, propuestas ideológicas, modelos revolucionarios y estructuras sociales. El hombre de fin de siglo es el hombre de las utopías fractura-

das, de la identidad agotada, de los sueños fracasados. Su futuro es la incertidumbre. Su pasado: el de las esperanzas no realizadas. Su presente: el desencanto, la melancolía, la ironía o el cinismo. Su tiempo: el del instante fragmentado, que es a la vez el instante de la simultaneidad y la superposición caótica de los tiempos congelados, sin embargo, en el espacio.

Indudablemente, Occidente ha sufrido momentos de intensas esperanzas y desencantos. Marguerite Yourcenar, por ejemplo, escribió:

En el espíritu del joven Renacimiento. . . la fe en la dignidad humana, en los poderes infinitos del hombre es aún inmenso. En cambio [posteriormente vemos] un Renacimiento desengañado, en un mundo en el que la dignidad del hombre consiste en resistir al desastre.

Posiblemente, cada época histórica haya mirado con nostalgia hacia atrás recordando tiempos mejores. Quizá la idea de un fin de mundo ha estado presente en las circunstancias más graves de la civilización occidental. Ciertamente, todos los fines de siglo han generado convulsiones e inseguridades. Pero quizá nunca como hoy sea tan profunda la conciencia del agotamiento de nuestra herencia espiritual. Quizá nunca como hoy hayan sido mayores el desamparo del hombre y su carencia de referencialidad social (anticipados magistralmente por Kafka a principios de siglo). Y quizá nunca como ahora sean mayores las paradojas que al hombre le toca vivir.

Creador de sus propias Tablas de la Ley cuando Dios cayó de su trono, el hombre sufre hoy una doble contradicción. El viaje inicial que inició al comienzo de la modernidad, sin pasado ni arraigo, es decir, el viaje hacia adelante con los horizontes del infinito abiertos ante él, ha concluido en las trampas laberínticas de un castillo kafkiano. Pero, al mismo tiempo, ha sido arrojado implacablemente a la violencia del mercado, más solo que nunca, cuando el marco político que protegía los derechos sociales está ya en franca liquidación. Librado a la gran indeterminación de una aparente libertad demasiado amplia y sin poder escapar a “la libertad de elegir”, vende su alma por protección. Carente de escenario social y en medio de un proceso de privatización económica y social, se repliega en su subjetividad como forma de lidiar con el gigantismo y la atomización social, y crea un nuevo tipo de personalidad: la narcisista, como respuesta a la falta de subjetividad y a la ausencia de un sentido de identidad. El viaje inicial del hombre moderno concluye en el diálogo delirante del personaje de Beckett *Molloy*, reptando en un círculo inamovible en busca de origen e infinito.

Decía Iván Karamasov: “Si Dios ha muerto, todo es posible”. Hoy, cuando el hombre, “como especie genérica ha muerto en los campos de concentración”, (como afirmaba T.W. Adorno), cuando la razón humana ha demostrado su falacia, cuando se quiebra la idea de que la historia debe tener algún sentido (o, al menos, el sentido del progreso, como lo postulaba la ilustración), el hombre de fin de siglo se enfrenta no sólo a la “degradación de los valores” de la que hablaba Broch en su trilogía *Los sonámbulos*, sino también a la transmutación de las categorías existenciales que daban significado y orientaban la conducta individual y social del ser humano. La sensibilidad del hombre de fin de siglo se enfrenta a la conciencia de la inexistencia de significados inherentes a la existencia humana, lo cual se traduce no sólo en la relatividad de las perspectivas, sino en la confusión de significados permanentes a los cuales adherirse. Para el hombre de hoy nada es inherentemente bueno o malo; el mundo está más allá del bien y el mal. Por ello no tiene sentido asumir nin-

gún punto de vista o posición normativa desde la cual criticar las formas de existencia actual. Si también el hombre ha muerto todo es posible. Quizá nadie exprese mejor esta sensibilidad que el personaje de la novela *Opera flotante*, de John Barth, uno de los más importantes novelistas norteamericanos contemporáneos, quien expone su filosofía de vida al final del día en que había decidido suicidarse:

Nada tiene valor intrínseco. Las razones por las que la gente atribuye valor a las cosas son siempre, en última instancia, irracionales. Por tanto, no hay "razón" última para evaluar nada. En consecuencia, no hay razón final para vivir. ¿Qué haremos entonces? ¿Qué haremos todos frente a la muerte colectivizada, la muerte que no es un valor en sí misma?

Esta era la pregunta, surgida de los escombros de la Primera Guerra Mundial, que Hermann Broch se planteó en su momento. Esa es también nuestra pregunta hoy, cuando la desacralización se enseñorea de los espacios sociales e imaginarios, cuando hemos olvidado a los muertos que quedaron en el camino, cuando hemos olvidado soñar hacia adelante, cuando las grandes preguntas referidas a la siempre problemática del hombre parecen ya no tener sentido. ¿La respuesta? No la tenemos. Simplemente soñar, luchar porque en ella confluyan la imaginación sociológica y fundamentalmente la poética.

**Gilda Waldman**